

Todo era blanco, puro y bello, unas voces sonaban cerca de nosotros, estábamos en el cielo. Ninguno lo podía creer, no podíamos morir aún y menos por nuestra propia cuenta. Estábamos acompañados por el resto, pero nos sentíamos solos. Todo era el vacío. Los únicos que llegamos alto fuimos nosotros, nadie nos comprendía, las estrellas estaban en el mundo terrenal. La madre naturaleza nos llamaba: “Tú hogar no es tu prisión, es hora de purgar el veneno”. Eso hicimos con arte, blues... Todo era psicodelia, todo eran excesos y todo era amor desmesurado hacía alguien que no nos quiso. Solo queríamos pasarlo bien. No entendíamos porque ahora estábamos en el cielo, antes estábamos en el bar de la esquina soñando con llegar a lo más alto, alucinando y tirando de sustancias para evitar la falta de imaginación. Ella solo quería que él la sacara a bailar. Queríamos llegar a lo más alto, pero no así. Hijos de una generación, de la misma historia. No pudimos entender cómo logramos entrar en el cielo. Aún recordábamos cuando con dieciséis quemábamos biblias para sentirnos distintos, nos tapamos los oídos cada vez que nuestros padres nos llamaban al mundo real, nos vendábamos los ojos para evitar mirarnos en el espejo, ella soñaba con ser la reina del baile, el recolectaba en la basura en busca de talento. Aún recordábamos todos cuando no existía la frustración, al menos no como la conocemos ahora. Ahora todo ha terminado. Todo terminó cuando vimos a una triste niña contando sus dedos tras la neblina púrpura. Todo terminó cuando nos dimos cuenta de que teníamos pistolas en vez de manos.